

SOBRE EL ATAQUE A CADIZ DE 1810 POR LOS FRANCESES Y LAS OPERACIONES QUE SE SIGUIERON

por CARLOS MARTINEZ-VALVERDE MARTINEZ
Capitán de Fragata

El ataque montado contra Cádiz por los franceses en 1810 y el imperfecto bloqueo que siguió contra la plaza y la Isla de León durante los dos años siguientes, nos presenta un género de guerra de gran interés naval y terrestre, muy digno de ser estudiado. La atención de las gentes puesta en la cuestión política, al ser Cádiz con la Isla de León, cabeza de la Nación, sede de su Gobierno y especialmente de las Cortes, separó la atención general de lo militar e hizo que no quedasen sino estudios imperfectos de las operaciones que entre las dos líneas adversarias se llevaron a efecto.

El mal llamado sitio, que pudiéramos calificar mejor como de bloqueo imperfecto, no muestra hechos de armas brillantes e inmediatamente decisivos donde resplandezca con gran volumen la gloria de las armas y el heroísmo de muchos. Sin embargo, la campaña considerada en conjunto, es toda ella decisiva al provocar el estacionamiento, frente a la «fortaleza gaditana» (como podemos denominar al complejo Cádiz-Isla de León), de un ejército francés apartado lo más posible, en España, de sus bases nacionales, con sus comunicaciones extendidas, por tanto, en grado sumo, y debilitadas por los ataques de las guerrillas que actuaban en los terrenos por que habían de discurrir.

La figura estratégica del ataque a Cádiz se asemeja mucho a la de Torres Vedras, si bien una y otra presentan notas distintas en cuanto a la característica de lo que se refugia y se fragua tras las líneas aliadas en uno y otro lugar, y en lo que, al modo de reaccionar y las posibilidades de esta reacción se refiere. Ya volveremos sobre estos puntos.

El ataque a Cádiz de 1810 nos presenta aspectos de sumo interés estratégico y táctico; de su estudio se derivan conclusiones independientes del estado del desarrollo de las armas; principios dignos como en toda situación militar de interés, del pasado, de ser estudiados y traducidos a posibles situaciones análogas del presente, teniendo en cuenta, claro está, en tal traducción, los adelantos de la técnica del día.

Pronto se presentó en Cádiz, ante el avance del francés, el dilema de cómo defenderlo. Con el hoy San Fernando, entonces Isla de León, Cádiz formaba una isla, cuyo extremo norte estaba ocupado por la capital gaditana misma, y un criterio muy extendido era mantener tan solamente de esa isla, Cádiz y los terrenos más inmediatos, con el ensanchamiento del istmo en Puntales, hasta el lugar en que se construyó por entonces el Castillo de la Cortadura, de San Fernando, que aún se conserva. Otro criterio era llevar la defensa, en sus primeras líneas, a la Isla de León, buscando el obstáculo natural del Caño de San Pedro o Sancti-Petri, que la separa del resto de la España continental; complementado dicho obstáculo en realidad, con algunos otros caños también profundos y con la zona de terreno ocupada por las salinas, con sus partes fangosas; verdadero dédalo acuático muy difícil de pasar a la fuerza, e incluso en pequeñas fracciones, a no ser con un gran conocimiento del terreno. De este obstáculo podía, en este caso, sacar mucho más partido el defensor que el atacante, por conocer mejor el susodicho dédalo, así como los senderos y caminos que habían de unir las posiciones avanzadas, entre sí y con la retaguardia. Los franceses conseguirían, sin duda, guías conocedores de lo principal, pero también era factible (y así lo hicieron los defensores) cambiar la configuración del terreno con provocadas inundaciones, atajos de agua y cortaduras. Conocían también mejor los españoles los caños, para por ellos lanzar contra el enemigo una numerosa fuerza naval sutil, que constantemente lo hostilizase.

Prevalció el segundo criterio, del que fué uno de los principales portavoces el General de la Armada don Antonio de Escaño, y así se presentó ante el atacante la Isla de León con el Caserío del hoy San Fernando y las alturas del Cerro de los Mártires, extendido todo como barreando su paso desde el Arsenal de la Carraca hasta la boca del Sancti-Petri en el mar abierto. Sólo le quedó como posición avanzada al francés, la península de Matagorda, y al ocuparla,

amenazó el flanco del sistema Cádiz-Isla de León, al que en conjunto, como queda dicho, llamaremos «fortaleza gaditana». De la posesión de este punto, considerado ya de antiguo como amenazador de Cádiz, sacó el invasor el mayor partido que pudo para atacar a la capital con artillería, en espera, primero, de tener más medios marítimos indispensables para intentar su conquista; después, como único medio de ofensa con que contaba. Matagorda está separada del istmo que a Cádiz lleva desde San Fernando, por un canal muy ancho y profundo, obstáculo activado en la defensa por las baterías de Puntales, en especial las del fuerte de San Lorenzo; también por navíos y lanchas cañoneras, fondeados.

Escaño era un Oficial de Marina ya experimentado en defensa de plazas; mandando el navío «San Fulgencio» concurrió al sitio de Tolón por los convencionales franceses y fué encargado especialmente, por el Mando, para «recorrer los puestos avanzados, examinar las líneas enemigas y presentar un informe de todo». Sus vaticinios fueron mal recibidos en aquella ocasión, pero muy acertados. Con ocasión a la defensa de Cádiz, se expresa este General: «En la Sección de Marina manifesté el conocimiento que tenía de la Isla de León y de la Carraca, y de la importancia de defender estos puntos; pues perdidos lo sería la plaza de Cádiz, a pesar de la Cortadura (el Castillo de la) que la ignorancia y la preocupación juzgaban suficiente defensa sólo por hacerse en el arrecife de aquella plaza a la Isla... A mi solicitud —continúa— fué nombrado Uriarte (don Francisco Javier, Jefe de Escuadra) Gobernador de la Isla, y a él se deben la Cortadura del Puente de Zuazo y las baterías de defensa...» Adoptando la proposición, no sólo se aprovechaba el terreno para el combate, sino que se conservaba el Arsenal de la Carraca, fácilmente convertible en fortaleza y con todos sus elementos de construcción, armas y pertrechos. Todo ello había de jugar importante papel en las operaciones, ya que en el terreno comprendido entre las líneas, este «terreno de nadie», tan peculiar en este caso, habían de ser tan necesarias las fuerzas navales, en especial las sutiles. No sólo se organizarían numerosas fuerzas de ataque, sino que entre las líneas de posiciones terrestres y en especial en la bahía, se fondearía una primera línea estática de lanchas, sostenidas por las fuerzas navales móviles y las posiciones de la orilla de que formaban avanzada.

En el ataque a Cádiz en 1810-1812, se acusa una vez más en la Historia, la gran importancia del dominio del mar, tanto en ámbito táctico como en el estratégico; en el primero, especialmente puesto

de manifiesto en la utilización de las aguas de los caños y la bahía por las fuerzas sutiles españolas y algunas inglesas; en el segundo, en el dominio del mar abierto, que permite permanezca en todo momento comunicado Cádiz con los puntos de la Península que aún se mantienen por España, y con otros que se ocupan o se conquistan y desde los que se ataca al enemigo. Cádiz y la Isla reciben armas, municiones, víveres y refuerzos; unas veces son soldados armados y equipados, otras reclutas inermes aún, y otras destrozados veteranos fugitivos de ejércitos que el francés bate al detalle, pero que se rehacen una y otra vez. También de Cádiz salen tropas que se trasladan por líneas exteriores (marítimas) a diferentes lugares de las costas españolas. De Cádiz salen recursos de todas clases y también órdenes y planes que coordinan la acción de las fuerzas españolas, no sólo de Andalucía, sino del resto de la Península. Igualmente disposiciones de gobierno, de tal modo que es efectiva su capitalidad de España a la sazón. Cádiz recibe recursos de Inglaterra y, sobre todo, se mantiene unido con el imperio colonial de allende los mares; de Ultramar llegan caudales y recursos, y también los representantes de aquellos países en las Cortes que encarnan por el momento la soberanía de la nación. Cádiz mantiene el imperio aún con la metrópoli invadida.

LA SITUACIÓN GENERAL

Ocupada España por los ejércitos napoleónicos, operaba en Andalucía en 1810 el Mariscal Soult, al mando de los tres Cuerpos de Ejército de Mortier, Sebastiani y Víctor; una vez conquistada Sevilla, el 1.º de febrero, Mortier se dirigió contra Extremadura, Sebastiani contra Granada y Víctor contra Cádiz. Ya desde 1809, la Junta Central había previsto una retirada del Gobierno a Cádiz. El General Duque de Alburquerque, teniendo en cuenta la importancia y eficacia de este baluarte, se retiró desde Extremadura para tomar parte en su defensa, y con sus tropas, en unión de la mermada guarnición y de las fuerzas navales allí basadas, hacerla inexpugnable.

El Consejo de Regencia quedó constituido por Real Decreto de 29 de enero de 1810, una vez disuelta la Junta Central a raíz de la batalla de Ocaña, y en el artículo 2.º de la Exposición de dicho Consejo de Regencia a las Cortes de octubre de 1810 se expresa: «La situación de los Cuerpos de Ejército existentes en los territorios

libres es verdaderamente lastimosa ; algunos ya dispersos se han convertido sus reliquias en guerrillas poco disciplinadas y son el terror de los países por que discurren entre combate y combate contra las columnas francesas encargadas de su persecución...»

Es interesante también, en esta exposición, la enunciación de las posiciones claves que se podían y se debían conservar en medio de la invasión ; reductos «designados por la naturaleza, en España, para refugio de nuestras fuerzas y que desde ellos, como base, puedan operar. En Andalucía, la Isla de León, la Serranía de Ronda, la Alpujarra de Granada y la Sierra de Aracena con Ayamonte y la Isla Canela ; en Murcia y en Valencia las plazas de Cartagena y Alicante y la Península de Peñíscola, en Cataluña, Tortosa, Tarragona y aún las mismas asperezas de los Pirineos ; en Extremadura, Badajoz, Olivenza, Alburquerque y aún otro puesto que se pueda fortificar cerca del Tajo y del Guadiana ; en Galicia, La Coruña y las Islas Bayonas». Estos, continúa, «son los puntos donde conviene fijar todo el repuesto de subsistencias, pertrechos, fábricas de armas, escuelas militares, en suma, todo el arsenal de guerra». Nótese que casi en su totalidad esas plazas están situadas junto al mar, dominado por las armadas de España y Inglaterra, si bien la primera hartó maltratada en los años que precedieron a la guerra de la Independencia.

El Ejército llamado del Centro, se había ido deshaciendo paulatinamente desde la ya lejana victoria de Bailén ; quedaba por esta época reducido a poco más de 600 infantes y algunos caballos, y acosado por Sebastiani se retiraba hacia las tierras de Murcia. Había otros centros de resistencia : Valencia aguantaba ante la presión de Suchet ; en Teruel resistía Villacampa y en Cataluña O'Donnell ; en Extremadura se batía con Mortier el Marqués de la Romana.

Pequeños núcleos de fuerzas regulares y las guerrillas, con más o menos cohesión, se batían por doquier con los franceses : en la Mancha, en Cuenca, en la Serranía de Ronda, en Asturias...

Los franceses se mueven por estas zonas, por líneas interiores, sí, pero por caminos que cualquier tormenta hace intransitables y constantemente hostilizados por las guerrillas, haciendo que un 60 por 100 de las fuerzas francesas tenga que ser ocupado en operaciones de limpieza y en guarniciones y escoltas de convoyes y hasta de correos.

La Marina se encontraba en estado deplorable, producto del abandono lastimoso del anterior reinado. Sus individuos, sin embargo,

conservaban un elevado pundonor en medio de la indigencia en que los tenía sumergidos el Gobierno, y anhelaban ocasiones en que distinguirse. La guerra les abrió este campo de gloria, y el espíritu que les animaba fué el que hizo rendir en Cádiz la escuadra francesa del Almirante Rosilly.

Los barcos de guerra surtos en Cádiz, estaban armados en la apariencia, pero faltos de todo lo que constituye un verdadero armamento.

La Regencia reacciona y arma cuantos barcos puede, pero no se olvide que la Escuadra inglesa mantiene una eficaz cobertura, impidiendo la acción de la francesa y permitiendo la navegación de los mercantes ingleses y españoles; multitud de fragatas británicas se emplean en el apoyo y avituallamiento de las fuerzas españolas, regulares y guerrillas, que operan cercanas a las costas del Norte y Levante. El Almirante Nelson, ya en esta época fallecido, había dicho, expresando su deseo de disponer de muchas fragatas: «Si muero, encontrarán grabada en mi corazón la palabra fragata»... Pues esta abundancia de fragatas que por el deseo de Nelson tuvo Inglaterra, para mantener un día al Almirante informado de los movimientos españoles, al poco tiempo había de ser favorable a España.

Se trata de robustecer, con Cádiz como base, el Ejército de Andalucía. Este puerto y ciudad, con la Isla de León, constituyen una buena base de operaciones, si bien la naturaleza de los terrenos que la rodean no permiten una posterior reacción frontal como ocurre en Torres Vedras. Pero Cádiz, gracias al dominio del mar, es centro de un eficaz dispositivo del que puede activar dos alas, la derecha en San Roque, Algeciras y Sierra de Ronda; la izquierda en tierras de Huelva con el Condado de Niebla, Ayamonte y la Isla Canela. Enfrente de Cádiz aparece inmovilizado el ejército francés, sin conseguir ventaja alguna. Por el contrario, la iniciativa en este teatro de operaciones va a ser llevada principalmente por la flotilla sutil española, que por los caños va a penetrar en el despliegue enemigo hostigando sus posiciones avanzadas.

Los franceses, por su parte, y como actividad marítima, sólo pueden ejercer el corso, y así lo hacen, a veces con mucha audacia, desde las costas por ellos ocupadas; también abundan los corsarios españoles en las zonas costeras que dominan. Esta acción de corsarios contra corsarios, puede considerarse como lucha de guerrillas y contra-guerrillas del mar.

ZONA DE OPERACIONES

La «fortaleza gaditana» forma a modo de un triángulo esquemático, de tierras, uno de cuyos lados, siguiendo más o menos el Canal de Sancti-Petri, corre enfrente de la parte continental de la Península. Los franceses en su libro *Victoires, conquêtes, désastres, revers, et guerres civiles des Français*, lo describen así: «Un triángulo bastante regular, dos de sus lados bañados por el mar (bahía y mar abierto) y el tercero separado del Continente por un canal... Al extremo de este triángulo, es decir, en el vértice más alejado del Continente, está situada la ciudad de Cádiz, que no presenta al ataque del enemigo sino una línea de fortificaciones (varias líneas presentó, podemos aclarar) que ocupan toda la anchura de la lengua de tierra que termina este ángulo de la Isla de León».

Un estrecho arrecife, ensanchado por la playa que a lo largo de él corre, une San Fernando con Cádiz. En algunas zonas, entre la Ardila y Torregorda, a ambos lados de la carretera, se extienden salinas y terrenos cenagosos. También se ensancha el terreno mucho más que el arrecife, desde el actual Castillo de la Cortadura hasta la entrada de Cádiz, y en el sitio en que más, en la zona de Puntales. El pueblo de San Fernando, alargado y continuado por las alturas de Cerro de los Mártires, presenta una magnífica posición, con elevaciones y puntos de observación que corre paralela al lado del esquemático triángulo antes citado que se apoya en el Canal de Sancti-Petri.

Este no es sólo el obstáculo que se presenta al enemigo que puede atacar a la Isla de León desde el Continente, pues a ambos lados de él, se extiende el terreno de salinas, verdadero dédalo acuático y fangoso, difícil para el que no lo conozca bien y que aun conociéndole presenta dificultades de progresión en fuerza; por esta zona salinera discurren algunos canales o caños más profundos, por los que puede moverse una fuerza naval sutil. De trecho en trecho se levantan casillas de las salinas y existen explanadas o «saleros» donde se amontona la sal en las blancas pirámides que dan carácter peculiar a este paisaje. Estas explanadas permitían en esta ocasión el emplazamiento de baterías con unión entre ellas y con la refa-taguardia por senderos de las vueltas de afuera y muros de salina.

Si bien los itinerarios para moverse por esta zona hacen que tengan que trasladarse las tropas en hilera, hay multitud de trechos en que para combatir puede desplegar los hombres, tan sólo a costa de mojarse los pies o enfangarse ligeramente. Las «piezas» donde se obtienen la sal son fácilmente transitables; no así los esteros y otros canalizos.

San Fernando (véase plano) está comunicado con el Continente por una carretera que salva el caño de Sancti-Petri por el Puente de Zuazo y sigue hacia Puerto Real por un estrecho arrecife. En los Tres Caminos de hoy (el Portazgo en 1.810) se bifurca dicha carretera, teniendo otra hacia Chiclana, que ha de salvar el caño del Zurraque; hoy lo hace por un puente de hierro y en 1810 por uno de barcas. Los arrecifes de ambas carreteras a Puerto Real y Chiclana, discurren por zona salinera, y los Tres Caminos no es sólo un cruce de las carreteras antes mencionadas, pues también sobre ese punto se unen los dos importantes caños del Aguila y del Zurraque y, cerca arranca de este último el caño del Rubial.

El Puente de Zuazo, ya a la entrada de San Fernando, es puente antiguo, y sus inmediaciones —lugar de un antiguo carenero real— estaban y están fortificadas; tenía baterías a ambos lados y ya no existen las del lado del pueblo; las otras se conservan, si bien en la actualidad sin artillería alguna y más abandonadas de lo que merece este magnífico ejemplar de puente fortificado.

El extremo sur del Canal de Sancti-Petri es la boca conocida con este mismo nombre. Flanquea el paso o boca de Sancti-Petri, el islote de este nombre; en 1810 quedó en poder de los españoles y se artilló fuertemente. Sus cañones, junto con los de las baterías de la orilla de la Isla (parte llamada «isla de San Pedro»), habían de mantener a los franceses algo apartados de la ribera en la orilla opuesta, quedándose al abrigo del pinar en la línea de fortificaciones que tendieron en el Coto de San José, desde el Molino de Almansa a Torre Bermeja.

Esta zona de Sancti-Petri y Matagorda eran los dos terrenos críticos del despliegue de ambos adversarios. Matagorda no era sólo una punta amenazando el flanco del dispositivo español y avanzada del enemigo sobre Cádiz; también tenía dicha Península el caño del Trocadero, que corre en dirección a Puerto Real (hoy cegado en parte), proporcionando a los franceses un magnífico abrigo para embarcaciones con las cuales montar ataques contra la costa de enfrente, del istmo y de Puntales.

Caracteriza al terreno comprendido entre las dos líneas adversarias de aquellos días, la falta de buenos observatorios. Algunos caños, como queda expresado, presentaban magníficas vías de penetración hacia dichas líneas; tales eran los de San Fernando, el Horcajo, el Aguila, Zurraque, Rubial, Bartibás, Porriquera, Carbonero, Alcornocal... y otros de menor importancia. Con una buena fuerza sutil podrían emplearse para atacar las posiciones francesas, si bien habiendo que tener en cuenta las mareas la mayor parte de las veces. Con pleamar podrían utilizarse lanchas cañoneras, de tiro más rasante, y con marea baja, siempre que hubiese agua suficiente, también lanchas bombarderas de tiro curvo, mantenidas ocultas por las tierras de las márgenes.

Para estos movimientos de embarcaciones, había que tener muy en cuenta las corrientes, de gran violencia en determinados momentos y lugares, pasando hasta de tres metros por segundo en algunos de aquéllos. También los vientos podían influir en el movimiento de la fuerza sutil, especialmente los fuertes levantes, que con frecuencia se hacen huracanados.

La salida de Cádiz y su entrada eran en ocasiones peligrosas para los barcos, ya que éstos podían sotaventarse y acercarse en exceso a la costa del Puerto de Santa María, pudiendo ser atacados por las baterías enemigas que en ella se asentaran. Más afuera, más a Poniente, había de existir la acción de los corsarios que desde Sanlúcar y Rota operasen. Del lado de Levante, habían de tenerse en cuenta los basados en Conil y Barbate.

FUERZAS FRANCESES Y POSICIONES QUE OCUPARON

Las fuerzas enemigas que atacaron a Cádiz en 1810 constituían el Primer Cuerpo de Ejército, a las órdenes del Mariscal Víctor, Duque de Bellune. Mandaba el Ejército de Andalucía el Mariscal Soult, Duque de Dalmacia. Llegaron los franceses con gran ánimo, casi picando la retaguardia de las fuerzas españolas del Duque de Alburquerque, en retirada estratégica desde Extremadura. Esta pudo verificarse gracias a cierto retraso motivado por la desconfianza de Soult, que quiso conservar con él, al menos, dos Cuerpos de Ejército, esperando encontrar fuerte resistencia en Sevilla; muy en contra de lo que ocurrió en la realidad. También deseaba tener noticias de Sebastiani, ya en movimiento hacia Granada. José Bo-

naparte opinaba en contra de Soult y quería haber mandado uno de los Cuerpos, el de Victor o el de Mortier, rápidamente sobre Cádiz, con lo cual no hubiese podido quizás verificarse la entrada en la Isla del Ejército de Alburquerque.

Al ocurrir las cosas de este modo, se reforzaron las fuerzas españolas que guarnecían la «frontera gaditana», con unos 10.000 hombres aguerridos, si bien de momento maltratados por la penosa y rápida retirada que habían llevado a cabo.

Llegó a la costa el primer cuerpo francés mandado por Víctor, el 5 de febrero (1810). Componiéndose a la sazón este Primer Cuerpo de Ejército Imperial de 20.000 hombres. Al siguiente día, el 6 de febrero, se creó la Milicia Cívica en la zona que ocupó, milicia compuesta por afrancesados más o menos entusiastas, que quedó constituida, aproximadamente, en la proporción de un batallón en Sanlúcar, otro en Jerez y dos compañías en cada uno de los pueblos, Puerto de Santa María, Puerto Real y Chiclana. Se calcula hubo otro batallón más en las posiciones que se establecieron frente a Cádiz. De las unidades francesas tuvo que dejar Víctor alguna fuerza en Sanlúcar, Lebrija y Las Cabezas, por existir en estas dos últimas depósitos de prisioneros. En realidad, los contingentes variaron mucho en uno u otro momento de la ocupación.

En Medina Sidonia siempre conservó el General Victor un fuerte destacamento en observación.

Naturalmente hubo fluctuaciones en los efectivos franceses que hostilizaban a Cádiz durante los años 1810-1812. Podemos tener en cuenta un estado de fuerzas del 15 de febrero de 1811, en que da, con los refuerzos llegados del Sector Centro (Madrid), 25.781 hombres y 2.661 caballos. Tenían desplegados en retaguardia, 1.331 hombres y 661 caballos, y 1.997 hombres a la sazón en los hospitales. El cuerpo de tren tenía 1.135 hombres. Soult llevó para Extremadura dos regimientos de Infantería y cinco de Caballería. En lo que a artillería se refiere, dice dicho General al Mayor General Berthier cuando éste le ordena apresure el ataque a Cádiz, que dispone tan sólo de 245 piezas de grueso calibre, entre cañones y morteros. Añadiendo que le envíen las fuerzas del Ejército del Sur, 9.000 hombres, que habían quedado en las cercanías de Madrid; le pide también el refuerzo de 1.000 artilleros y de 600 marineros, para dotar embarcaciones tan necesarias para el ataque. El Duque de Dalmeida, pide igualmente se gestione del Emperador ordene el envío de una escuadra francesa que al menos neutralice la acción de la in-

glesa que coadyuva a la defensa de Cádiz y que mantiene sus comunicaciones marítimas.

La línea francesa del bloqueo terrestre a Cádiz y la Isla de León, se establece desde Sanlúcar hasta Sancti-Petri, quedando, pues, frente a la «fortaleza gaditana» las posiciones comprendidas entre Puerto de Santa María, Puerto Real, Chiclana y la Torre Bermeja. Fortifican los franceses los puntos más convenientes y establecen campamentos para en ellos quedar las unidades de enlace entre posiciones; más adelante, construyen caminos desfilados de los fuegos de las embarcaciones españolas, que eran las que se acercaban por los caños existentes en el «terreno de nadie» salinero; uno de estos caminos es el que aún se conserva en los pinares de Chiclana, frente a los Tres Caminos (San Fernando) y que se conoce con el nombre de «camino de los franceses». El ala izquierda atacante quedó atrincherada en el coto de San José frente a la desembocadura de Sancti-Petri. No se conservan en la actualidad los reductos principales, pero sí las «flechas», o cortas trincheras en forma de V, con el vértice hacia el campo enemigo.

De Sevilla, trajeron los imperiales gran número de armas y un bien surtido parque de artillería, y tiénese por grave error haber dejado los españoles, estos elementos, en aquella capital, en su retirada. Entre esas armas estaban grandes morteros de placa, con los que trataron de alcanzar a Cádiz desde la Península de Matagorda, una vez que ésta fué ocupada por los franceses (23 de abril de 1810), pero no lo consiguieron hasta lograr los obuses a la Villantroy, sobre lo que ya volveremos cuando tratemos de los bombardeos.

Los franceses se veían impotentes para avanzar, ante el dédalo acuático —caños principales, bahía y salinas—, que por delante tenían. El paso de estos obstáculos, exigía abundante número de embarcaciones, que estaban muy lejos de poseer. Carecían también de oficiales de Marina y de Marinería, si bien esto se arregló un poco al recuperar los prisioneros de los pontones, entre los cuales había muchos marineros de la escuadra Rossilly rendida en 1808 en la bahía al principio de las hostilidades.

Previo requisa de carpinteros, construyeron los imperiales algunas embarcaciones, peniches y lanchas, y también movilizaron por fuerza a marineros españoles. En Sanlúcar construyeron lanchas, algunas de las cuales consiguieron mefer en la bahía y después más

adentro, pasándolas sobre rodillos por encima de la Península de Matagorda. También en el Molino de Ocio, a orillas del Caño del Zurraque, hubo un astillero de embarcaciones dedicadas al asalto anfibio que nunca llegaron a dar.

Los franceses organizaron todo el país en su provecho y pusieron en explotación las minas de azufre, las de plomo de Linares y las de cobre de Río Tinto; construyeron cuatro molinos de pólvora y dos altos hornos y así pudieron tener abundancia de pólvora y balas y aumentar su artillería fundiendo cañones.

La organización del Mando francés adolecía de un gravísimo defecto, cual era, que en ausencia del General en Jefe del Ejército, los Cuerpos de éste quedaban independientes.

Leemos en *Victories, Conquêtes, Desastres et Guerres Civiles des Français*, que con ocasión de la marcha de Soult a Extremadura, los otros Generales que mandaban «en el Reino de Granada y en Andalucía» eran independientes, y el Mariscal Víctor no podía emplear sus tropas sino de mutuo acuerdo («gré a gré»). Ello hace que en aquella situación aún más que difícil, crítica, se vea el de Bellune reducido a sus propios recursos. Napoleón había de reprochar después a Sebastiani que no hubiese enviado refuerzos a Víctor, ya que tenía que considerarse que el Cuerpo de Ejército del primero había de ser empleado como «de observación» del «de sitio», o sea del de Víctor, y el primero por tanto debía amoldarse a las necesidades del segundo.

LAS FUERZAS DE LOS ALIADOS

Quando se acercan los franceses a Cádiz, tanto esta plaza como la Isla de León, están muy escasas de guarnición. La Isla está «reducida únicamente a un batallón de urbanos y algún destacamento de la guarnición de Cádiz, con lo cual no había ni para cubrir el puente de Zuazo, por otra parte mal preparado de cañones y artilleros» (1). Estas palabras nos dan idea de lo que pudiera ser de eficaz la guarnición total y la importancia que tuvo para la defensa, la entrada en la Isla del Duque de Alburquerque con sus tropas.

Poco a poco van entrando fuerzas. Por ejemplo: el 1.º de febrero de 1810, llega el Regimiento de Murcia, un día antes que la In-

(1) D. de Op. del Supremo Consejo de Regencia.

fantería del Duque de Alburquerque. El 11 de febrero, entran ocho barcos procedentes de la costa de Ayamonte, con 60 a 70 hombres cada uno y cuatro misticos con 500 más, todos de las tropas que allí hay pertenecientes a la división del General Copons. También en la noche de este día, desembarcan en Cádiz 3.000 hombres ingleses, traídos por barcos de dicha nación y bajo el mando del General Stuard; lo hacen el día 15, y el 17 el Regimiento portugués de Infantería núm. 20, Campo Mayor. El día 28, 700 hombres y 118 caballos procedentes del Campo de Gibraltar... En junio llegan los Regimientos de Ordenes Militares, Cantabria y Cuenca, de la división Vigodet; en mayo de 1811, Navarra, después de la batalla de la Albuhera; en julio de ese año, el Regimiento de Cádiz. Con Alburquerque lo hacen de siete a ocho mil hombres. Componen los batallones 1.º y 2.º de Reales Guardias Españolas, otro de Walonas, el Regimiento Imperial Toledo, Granaderos de Canarias, 1.º y 2.º de Sevilla, 1.º y 2.º de Cataluña, Provincial de Guadix, Sigüenza, Voluntarios de Madrid, Estudiantes de Toledo (los *Gilitos*), base de la Academia de Oficiales que se establece en la población de San Carlos, en el edificio que más tarde fué Colegio Naval, dirigido por Gil de Bernabé (de ahí su apodo). De caballería, trajo el Duque los Regimientos de Calatrava, Borbón, Carabineros Reales, Voluntarios de España, Lusitania, Cazadores de Montaña, Cazadores de Sevilla y algunas fracciones menores de otros. En marzo de 1810 llegan a Cádiz 5.000 hombres más, entre ingleses y portugueses, mandados por el General Urban. En octubre de 1810 ya se eleva la guarnición de Cádiz y de la Isla a 23.831 hombres, (15.000 de tropas del Ejército regular y 8.000 paisanos armados, encuadrados en Milicias).

La mayor parte de las fuerzas aliadas estaban en la Isla y paulatinamente fué creciendo su guarnición: de 6.000 hombres que la componían en un principio se llegó (septiembre 1810) a 21.000 hombres, de ellos 1.600 de caballería.

Las fluctuaciones de los efectivos en la «fortaleza gaditana», fueron grandes, pues como ya se verá, de ella salieron varias expediciones. Otras veces, por el contrario, llegaron tropas; así en junio de 1810 lo hizo la división del Mariscal de Campo Vigodet, ya citada; 4.000 hombres, aguerridos sí, pero mal equipados y armados.

La Marina constituía uno de los elementos que daban más fuerza

a la defensa, si bien los barcos españoles estuvieron en muy mal estado, mal pertrechados y con dotaciones muy reducidas, arras-trando esta situación desde Trafalgar.

La escuadra española estaba mandada por el Teniente General don Ignacio María de Alava, que era el Jefe Superior Naval; estaba formada por los navíos «Santa Ana», «San Justo», «Príncipe de Asturias», «Concepción», «Glorioso», «Montañés», «San Pedro» y «Neptuno». La escuadra inglesa del Almirante Purvis, reforzando a los nuestros con gran eficacia, estaba muy bien armada y tri-pulada.

Las dotaciones españolas y las lanchas y cañones de los barcos, contribuyen grandemente a la formación de la abundante fuerza na-val sutil que juega un papel primordial en la defensa. Pronto se alista esta fuerza y aumenta rápidamente. A principios de febrero de 1810, la forman 45 embarcaciones, y muy poco después ya hay 80, formando dos flotillas mandadas por Valdés (46 buques para operar en la bahía) y por Topete (36 buques para operar en los caños). Componen estas fuerzas lanchas cañoneras, obuseras y de fuerza, faluchos de auxilio, botes y falúas. Para completar las do-taciones se piden marineros a Cartagena y especialmente al Ferrol.

Se contaba con gran número de cañones para artillar estas em-barcaciones y para las baterías de tierra; tan sólo de la rendida escuadra de Rossilly, se habían reunido 422 piezas. Según carta de Soult a Berthier, el número total de cañones de los defenso-res, llegaba a 2.000. Posteriormente aún había de aumentarse mucho más la referida fuerza sutil.

El Diario de Operaciones de la Regencia, con fecha 3 de febre-ro, dice que la defensa de la Isla se halla en un estado de «casi ab-soluto abandono». La línea de baterías de la Carraca es tan mise-rable, que con muchas se teme hacer fuego porque no se desmo-ronen. El punto más interesante de la máquina de la sierra (hoy Salina de la Isleta), sólo está cubierto por una batería de mala dirección y desde ésta hasta la cabeza del Puente de Zuazo, que dis-ta 800 toesas, no hay más defensa que la que opone el terreno. Este puente conserva baterías montadas, pero sólo pueden impedir cuando más un golpe de mano, porque les faltan muchas de las obras necesarias, sobre todo fosos, estacadas y alguna más extensión. El terreno que media entre el Puente de Zuazo y Gallineras (próxi-mo punto fortificado, por el momento, hacia la derecha de la línea)

es muy vasto. Igualmente está indefenso el gran intervalo que media entre Gallineras y Sancti-Petri, cuyo punto no tiene más que una batería a barbata, en la que sólo hay corrientes, dos explanadas, estando los cañones sin montaje, tirados por la arena. Y añade el Diario: «Sancti-Petri es la llave maestra de la defensa de la Isla».

En el Servicio Histórico Militar, se conserva un informe de 26 de julio de 1819 firmado por José Prieto, probablemente D. José Prieto de la Quintana, uno de los Oficiales de Ingenieros de las fuerzas de Alburquerque. Se titula «Memorias o descripción de las obras de defensa y ofensa construídas en la Isla de León en la próxima pasada guerra con Francia». El autor del informe manifiesta, que antes de la llegada de Alburquerque eran «tan pocas las obras de defensa nuevamente construídas en esta interesantísima posición, que causaba admiración el que no se hubiera mirado este punto con la atención y cuidado que con respecto a las circunstancias exigía».

CONSIDERACIONES COMPARATIVAS DE UNAS Y OTRAS FUERZAS ADVERSARIAS

Las fuerzas aliadas eran superiores en número a las francesas; debiéndose tener en cuenta, además, que éstas habrían de cubrir no sólo la línea que se extiende frente a la «fortaleza gaditana», sino la costa desde Sanlúcar a Sancti-Petri, y cubrir además los apaches de esta línea por su retaguardia, para prevenirla y protegerla contra posibles ataques y al propio tiempo asegurar sus comunicaciones. Las tropas francesas eran superiores en instrucción y en armamento a la mayor parte de las unidades de las fuerzas aliadas. Estas ciertamente no pueden por el momento medirse en campo abierto con el Primer Cuerpo de Ejército Imperial. Así lo estima el Mando aliado, y el Diario de Operaciones del Consejo de Regencia dice: «Hay que evitar las grandes acciones que casi siempre han sido fatales»... y, en cambio, «promover los pequeños movimientos tan propios para inquietar al enemigo y traerle desatentado en una inmensa línea de defensa, para aguerrir unas tropas esforzadas, pero bisoñas, cuales son las nuestras; movimientos en que por la mayor parte decida el valor personal, y que alimentando a poca costa el ardor del soldado y el entusiasmo público, mantienen y propagan el espíritu nacional».

Siguiendo esta norma de conducta, se irían constituyendo unas

unidades que pudiesen algún día batirse en batalla campal con los franceses. Bien frente a la Isla mediante algún movimiento envolvente, bien cuando las circunstancias cambiasen, en otro teatro de operaciones. Este era el sentir general; no obstante, había también algún espíritu mezquino que consideraba que la defensa de la Patria se circunscribía a cubrir tan sólo un puesto en los parapetos de su ciudad natal.

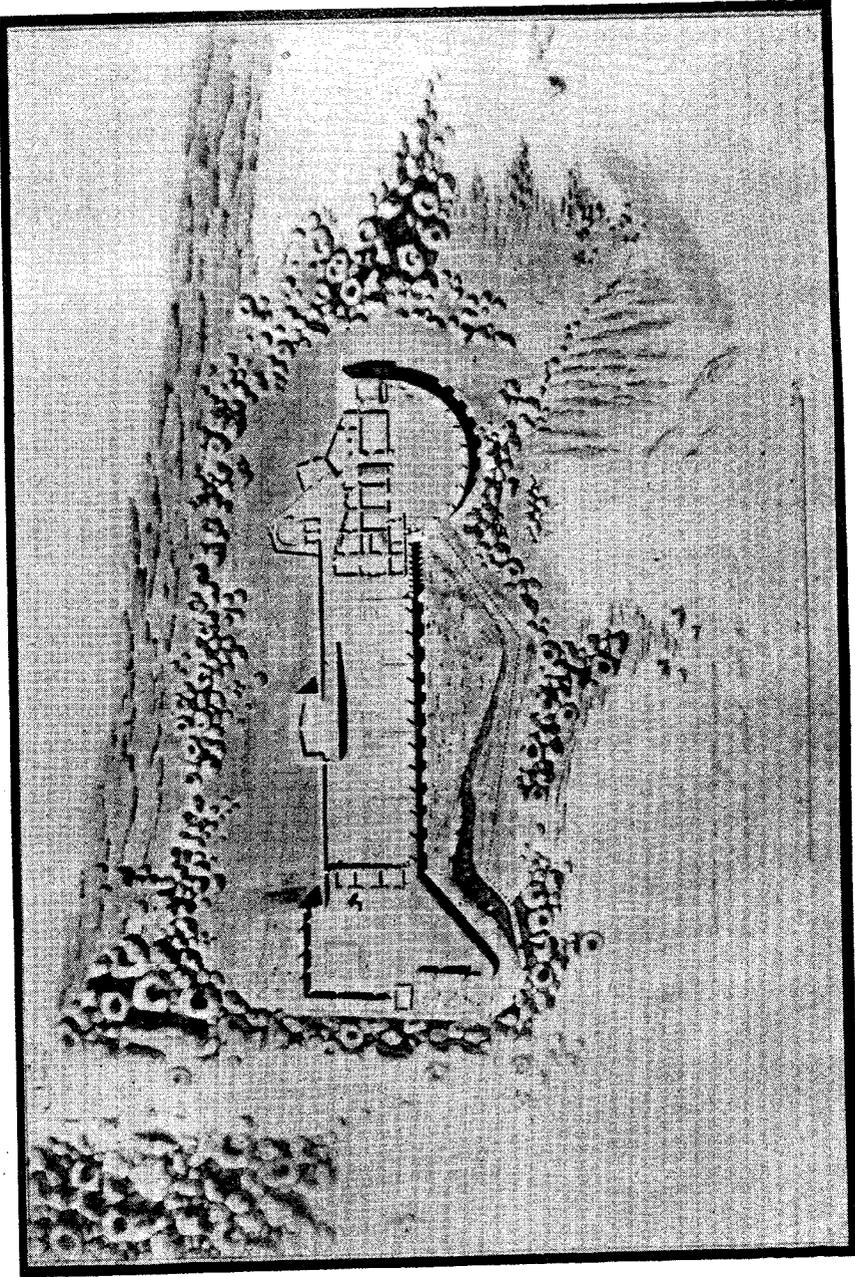
La masa artillera aliada era superior, como queda expresado, a la francesa, y esto favorecía el mantenimiento de la línea tan escasa en itinerarios de ataque y todos ellos estrechos. Esta dificultad para los franceses también lo era para los defensores, imposibilitándoles de efectuar una reacción frontal en fuerza. Otra de las ventajas tácticas aliadas era el tener abundantes embarcaciones armadas, para llevar a cabo el proyectado hostigamiento de la línea enemiga. Las dificultades del «terreno de nadie» tan peculiar, eran mayores para los franceses que para los españoles, y había de pasar mucho tiempo en que aquéllos tuviesen medios de paso. Llevarían pues, la iniciativa los aliados, quedando los franceses convertidos de atacantes en defensores o meros mantenedores de su línea, en espera de que las circunstancias variasen y pese a los apremios del Emperador. También habían de verse los imperiales más escasos de víveres y de recursos que los que ellos llamaban «sitiados».

Los contendientes, por todo lo dicho, quedaron observándose «con cierta desconfianza mutua», según se dice en el libro *Victories, Revers et Guerres Civiles des Français*; y el cual sigue afirmando que los franceses consideraban que no podían emprender operaciones ofensivas de cierta envergadura contra una plaza (zona, podemos decir) tan fortificada». Pronto habían de pensar que el procedimiento más contundente de atacar a Cádiz era bombardeándole intensamente con artillería. Pensaron en la utilización de granadas incendiarias.

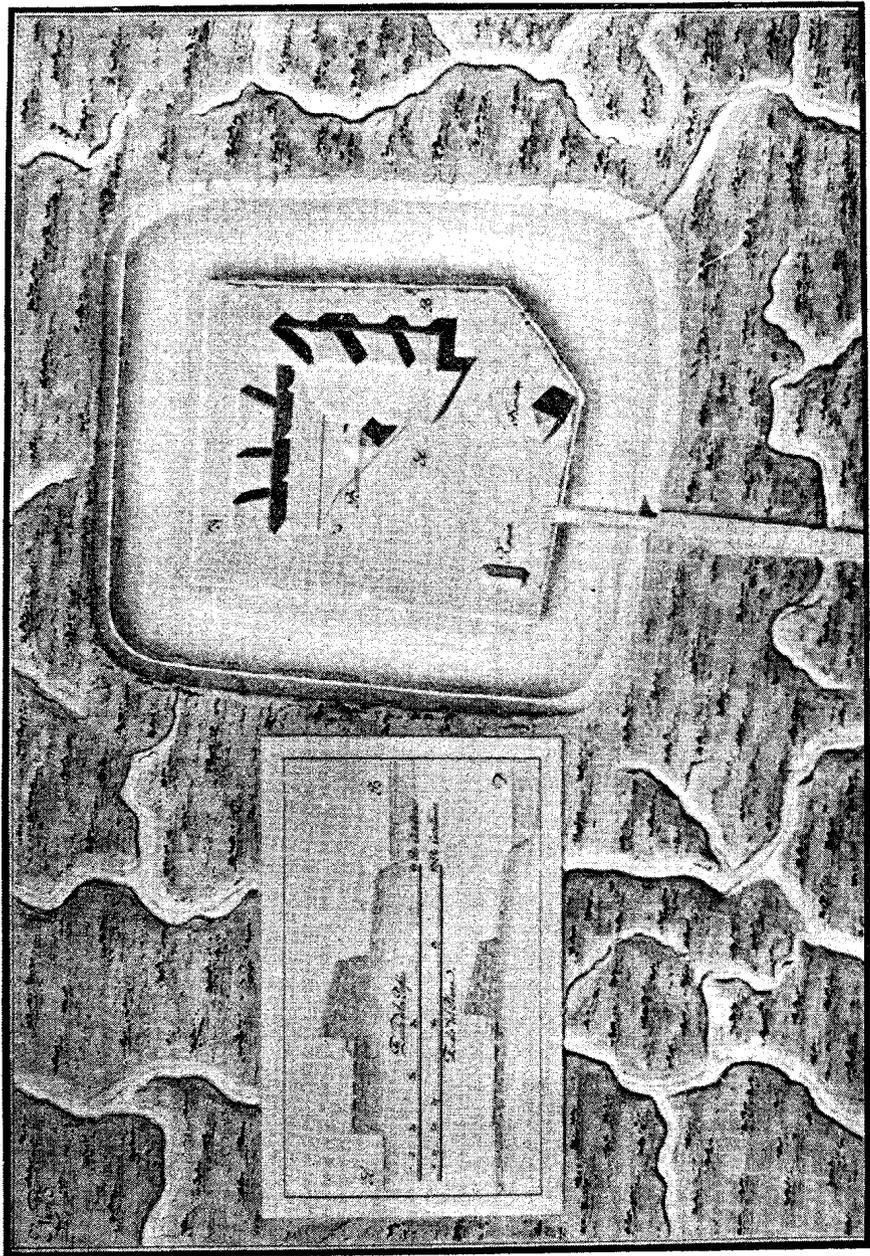
Los efectivos franceses no eran suficientes ni tan siquiera para defender de modo rotundo la costa por ellos ocupada frente a Cádiz y la Isla, línea prolongada hasta Sanlúcar y que podía ser atacada por los flancos o por la retaguardia.

LAS LÍNEAS QUE SE ESTABLECIERON Y LA ACTIVIDAD ENTRE ELLAS

Con la dirección de Ingenieros del Ejército y de la Marina, y el trabajo intenso de soldados y paisanos, mejoraron los aliados sus



Castillo de Sancti Petri, dibujado por don Carlos de Bargas, capitán del Regimiento de Infantería de Valencia, según se dice en el plano que figura en el Servicio Histórico Militar (Sign. S-M-1-19).



Batería de San Francisco, dibujada también por Carlos de Bargas. «Tiene 6 piezas de a 6 y conceptúo debían ser de 8 ó 12», según la leyenda que figura en el plano, guardado en el Servicio Histórico Militar (Sign. S-M-1-19).

obras defensivas. Se requisó abundante pipería y tablazón para los parapetos, y se fabricaron innumerable cestones. Todos los vecinos se pusieron a trabajar en las obras y se hicieron cortaduras en las salinas para mejorar el obstáculo; los fosos de las baterías se alimentaron con atajos de agua. Se siguió febrilmente la construcción del Castillo de la Cortadura, que pudiese barrear el istmo y en su flanco de la bahía se clavaron numerosas rejas (incluso de las casas de Cádiz) para evitar fuese envuelto en la marea baja. Se fortificó Puntales para batirse con él la península de Matagorda, que se contaba ocupasen en seguida los franceses, y para evitar un desembarco desde ella. Frente al caño del Trocadero se fondeó el navío «San Justo», de modo que pudiese enfilarlo con su artillería. D. Pascual Enrile, Teniente Coronel del Ejército, hasta hacía poco Capitán de Fragata de la Armada, mandaba militarmente en el Trocadero. Era autor de un proyecto de fortificar la península de Matagorda, «padraastro en extremo incómodo para la bahía de Cádiz». El Mando en un principio, aprobó el proyecto, pero se perdió el tiempo en discusiones, de tal modo que al parecer el enemigo hubo que abandonar atropelladamente la Península, después de volar los fuertes de Matagorda y Fort Luis, y ordenar a Enrile que pegase fuego en el Trocadero a todo cuanto pudiese ser útil al enemigo. En los baluartes del Puente de Zuazo, se emplazaron unos cien cañones. Una vez que lo pasaron las fuerzas de Alburquerque, había sido cortado, desmontando el arco central, rompiendo así el cordón umbilical que unía y une la isla gaditana con el continente.

Se alistan lanchas cañoneras para complementar la línea terrestre y conseguir puestos avanzados. Se adiestran tropas bisoñas y se pertrechan y se arman los veteranos. Se piensa también en efectuar una acción de diversión en otros teatros de la guerra y se ordena que por Navarra y Vizcaya se ataque al enemigo: «Conviene llamar su atención por varias partes», dice la Regencia. También se piden refuerzos a las zonas cercanas donde aún permanecen núcleos de tropas españolas y se despachan las fragatas «Paz» y «Cornelia»; para Levante y Poniente respectivamente, a fin de dar noticias de la situación en Cádiz.

Una de las preocupaciones del Mando aliado era la masa de prisioneros franceses existente en la bahía; más de 4.000 alojados en pontones, que quedaban por tanto entre las líneas adversarias. Se pensó en evacuarlos a las Baleares, a las Canarias o a Inglaterra,

con lo cual los pontones quedarían libres y podrían ser convertidos en gigantescas baterías flotantes. Los ingleses se inclinaban por llevar estos barcos a Gibraltar o Mahón y que fuesen allí arbolados y puestos en servicio.

El día 2 de febrero de 1810 entró en la Isla la Infantería del Duque de Alburquerque; la Caballería y Artillería volante se quedaron en observación del enemigo en el coto de Medinaceli, comprendido entre los ríos Guadalete y San Pedro. Alburquerque había salido de Don Benito, en Extremadura, el 15 de enero; el 24 y 25 pasó el Guadalquivir por la barca de Cantillana, tomando la vez a los franceses que desde Córdoba venían sobre Sevilla. Viendo que para defender ésta se necesitaría al menos 40.000 hombres, resolvió en Consejo, marchar sobre Cádiz y la Isla, a marchas forzadas. El 31 por la noche entró en Jerez y el 1.º de febrero de madrugada en Puerto Real, adelantándose a los franceses dos jornadas.

El día 4 de febrero se cortaron los puentes de San Alejandro sobre el río Guadalete y el de San Pedro sobre el río de este nombre; lo hizo don Isidro Sartorio, Comisario de la Inspección de Caminos. A las ocho de la noche, cuando se terminaba de cortar el primero, llegaban los exploradores franceses a la cercana alameda del Puerto de Santa María. El Puente de San Pedro se cortó a media noche, una vez que pasó nuestra caballería y artillería volante.

Aparece el enemigo frente a la Isla de León el día 5 de febrero: «A mediodía se presentaron en el arrecife del Puente de Zuazo como 200 caballos con un General al frente, que parecía ser el Mariscal Victor, se pararon en la primera cortadura y se adelantó un trompeta diciendo que el Duque de Bellune venía a cumplimentar al Gobierno. El Oficial encargado del puesto (del puesto avanzado situado en el actual emplazamiento del Ventorro del Corral), que ya estaba prevenido, dijo que no tenía orden de dejarlos pasar, con lo que se volvieron» (Diario de Operaciones de la Regencia). Al poco rato empezaron las baterías francesas a hacer fuego sobre el Puente de Zuazo y sus cercanías, mas no se continuaron estas hostilidades con un ataque formal. Los franceses empezaron a extenderse entre Rota y Chiclana, y según el citado documento «en todos los puntos capitales colocaban fuerzas, encadenando unos puestos con otros de modo que pudiese ser socorrido prontamente cualquiera que fuese atacado... Se veía que venían bien conducidos con alguien técnico y

conocedor del terreno y que pronto se llegó a saber que era don José Justo Salcedo».

El día 7 se recibió en Cádiz la intimación a la rendición de la Plaza, así como de la Isla de León y de la escuadra, y ese día fué cuando se contestó a los enviados por el enemigo desde el Puerto de Santa María aquella frase: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Señor Don Fernando VII». Las lanchas cañoneras españolas establecieron también en este día su primer contacto con las fuerzas francesas, batiendo a las que trataban de acercarse por el arrecife y haciéndolas retirarse hacia Puerto Real.

El día 9 tiene lugar el primer ataque francés en fuerza, que es detenido por el fuego de los cien cañones del Puente de Zuazo, dirigido por el capitán de navío don Diego de Alvear y Ponce de León. Alburquerque en la inmediaciones del Puente, no confía, sin embargo, en tal reacción exclusivamente artillera, y mantiene tropas de Infantería en gran número, que embarazan la maniobra de los artilleros y que reciben el fuego también de cañón de los enemigos, que les produce inútilmente muchas bajas. Alvear pide al Duque la retirada de los infantes a puestos de abrigo, mientras su presencia en los parapetos no se haga necesaria, y con ello se produce un cambio de impresiones al que sigue la retirada de la masa de infantes, terminando con ello sus numerosas bajas. Los cañones de Alvear activando con su fuego el formidable obstáculo salinero, se muestran suficientes para rechazar el ataque de los franceses, que se retiran al lugar actualmente llamado «Tres Caminos», conocido entonces por el Portazgo.

Al siguiente día, es cuando se constituye la línea estática de lanchas fondeadas, situándose en principio seis en la Carraca, cinco frente a Gallineras y seis en Sancti-Petri. Este número, como queda dicho, se incrementará prontamente.

En la noche del día 11 se efectúa una importante rectificación a vanguardia de las líneas españolas: se ocupa «Tres Caminos». Se trata de un punto de gran valor, ya que en él se reúnen las carreteras que conducen a Puerto Real, a Chiclana y a San Fernando, y también junto a él convergen los caños del Aguila, el Zurraque y el Rubial, el del Zurraque en dos tramos, que hoy divide el puente sobre la carretera que va a Chiclana y en 1810 el puente de barcas sobre la misma vía. Con la protección de las lanchas cañoneras que

avanzan por los referidos caños, se lanzan las tropas españolas por el arrecife y por los caminos de salinas, llegan al importante punto y destruyen los parapetos y empalizadas tras los cuales tienen los franceses asentados dos cañones. Aún avanzan más, cortan los arrecifes y establecen parapetos avanzados hacia Puerto Real y hacia Chiclana. E instalan, por fin, una batería bien protegida, que más tarde había de jugar un importante papel en la defensa.

Para mantener los flancos de la batería del Portazgo, reforzada por otra contigua llamada de «los Violentos», se emplazan las de «Daoiz», de «Velarde» y de «Santiago», estas tres un poco retiradas con respecto a las de Tres Caminos. Más hacia el enemigo, al otro lado del caño del Aguila, fortifican los españoles dos casillas, llamadas de la Soledad, las más cercanas a la carretera de Puerto Real y cuyas ruinas aún existen.

La ocupación del Portazgo aleja a los franceses de la Isla, de tal modo que sus tiros ya en adelante serán poco eficaces contra el resto de las posiciones españolas, en tanto que los de nuestras lanchas, acercándose a las enemigas y apoyándose mutuamente con la nueva batería avanzada, ametrallan a aquéllas con frecuencia. Todavía los labradores que trabajan en los terrenos donde se asentaron dichas posiciones francesas, no es raro encuentren cascacos de granada de las disparadas por nuestras lanchas en sus incursiones contra aquéllas.

El Arsenal de la Carraca era también un punto avanzado de la línea: el situado en su extremo de la izquierda.

Con la ocupación del Portazgo y la instalación de las baterías avanzadas antes dichas a sus flancos, ya no quedaba la Carraca tan metida en el «terreno de nadie», cosa peligrosa pese a la naturaleza de éste, tan escaso de vías de circulación y de ataque. Se mejoró el armamento del Arsenal, así como sus obras, asentándose las baterías de «San Ramón», «Santa Lucía», «San Fernando», «Santa Rosa», «Santa Teresa», «San Carlos», «San José», «San Francisco», «Concepción» y «San Pedro», sumando entre todas unas 150 bocas de fuego. Por la parte de Puerto Real, se fondeó una línea de lanchas cañoneras y se tendieron obstrucciones. Para prevenir los efectos de los tiros que el enemigo pudiera hacer con bala roja, se trasladaron a retaguardia los depósitos generales de municiones del Departamento, excepto el municionamiento de las baterías, así como los materiales combustibles, tales como jarcias, velas, etc., depositados en los almacenes. Por detrás del Arsenal (a Nordeste de él), en la

península salinera comprendida entre los caños de San Fernando y del Horcajo, se cavaron tres cortaduras y en aquélla se avanzaron destacamentos, a los que los franceses acercaron otros en la orilla opuesta de los caños antes dichos. En el caño principal, flaqueando el Arsenal por el Sur, fondearon los navíos «San Julián» y «Plutón».

Las fuerzas navales sutiles, ya muy numerosas, se agrupan por estos días en dos flotillas: una de 46 barcos, para operar en la bahía a las órdenes de don Cayetano Valdés, y otra de 36, para operar por los caños a las órdenes de don Juan Topete.

Durante los días que siguen a la ocupación del Portazgo, se trabaja afanosamente en la fortificación de las posiciones elegidas. El día 13 de febrero (1810) empiezan las obras de Sancti-Petri, sector que se considera de tan capital importancia.

El día 14 de este mes dan un golpe de mano los ingleses, llegando al Castillo de Matagorda, tiroteándose con centinelas franceses y dispersando ganado vacuno que pastaba cerca de aquél.

Una vez establecidas las líneas adversarias y siempre en actividad para mejorar las obras de fortificación, se van sucediendo los golpes de mano; unas veces llevados a cabo por las fuerzas navales sutiles y siempre con su apoyo. Como muestra señalaremos algunos: muy pronto, el día 18, las fuerzas sutiles de Valdés, con alguna inglesa, atacan la Punta de Santa Catalina, en el Puerto de Santa María, para estorbar los trabajos de los franceses que tratan de agrandar el Castillo existente para emplazar en él más artillería y batir la entrada y salida de Cádiz, especialmente por la Canal del Norte (más tarde llegaron a tener en dicho Castillo 30 piezas). El día 20, se combate duramente en el Portazgo, donde el enemigo trata de estorbar los trabajos de perfeccionamiento de su cortadura.

Con frecuencia estos golpes de mano son de gran audacia. El día 22 se lleva a cabo uno con tropas que pasan en lanchas el canal de Sancti-Petri, con el apoyo de las cañoneras. Son las fuerzas de don José de Lardizábal, pertenecientes al Regimiento de Campo Mayor y a las unidades bisoñas de voluntarios. Se mantienen en la orilla enemiga, desde las ocho a las once de la mañana, y rechazan a las guerrillas francesas. Las lanchas baten algunos destacamentos de Caballería que acuden desde Chiclana, y finalmente se retiran los españoles a la Isla.

El día 24, salen de la Carraca «partidas de guerrilla» en lanchas cañoneras, desembarcan en la zona de nadie y se aproximan a las avanzadas francesas; las atacan y se retiran. Las avanzadas espa-

ñolas de la 4.ª cortadura queman un casa que servía de abrigo a los enemigos.

El día 13 de marzo tiene lugar un ataque por los caños de Molino de Baltibás, en zona de Chiclana, y se cierra con fuerte empalizada el caño que a dicha población conduce desde el de Sancti-Petri.

Tres días más tarde se atacó a la línea enemiga en varios sitios, simultáneamente: por la Carraca, por el Puente de Zuazo, por Sancti-Petri y por Matagorda; los tres primeros ataques no eran sino acciones de diversión para apoderarse del Trocadero (fué un error abandonarle en un principio) y fortificarle. Sin embargo, no se llevó a cabo este ataque y sí los otros y con gran ánimo. Don José de Lardizábal pasó el canal por Sancti-Petri con varios batallones —Campo Mayor, Reina y Trujillo, a más de un destacamento de Highlanders— arrolló al enemigo y le hizo retirarse hasta sus posiciones del centro del pinar del Coto de San José, causándole muchas bajas, si bien al fin la llegada de refuerzos hizo retirarse a los de Lardiazábal y repasar el caño. Se sabe que sólo en el Hospital de Conil, entraron 500 heridos; los de Lardizábal sólo tuvieron 100 bajas.

Del parte de las fuerzas navales, de este día, entresacamos: «Empezó al ataque la división de Gallineras (las lanchas); avanzó con la pleamar por el Canal de la Borriquera (el que desde Gallineras conduce hacia Chiclana), y consiguió ahuyentar con su fuego de cañón a los defensores de una posición francesa situada en un molino (la Molineta). Los muros eran fuertes y resistían a las balas y a las palanquetas... Una vez ahuyentada la defensa, se desembarcó cuatro barriles de pólvora para volar la posición, pero las mechas se apagaron. Al fin vino una columna francesa y la escuadrilla tuvo que retirarse cañoneando a aquélla en su retirada.»

Pocos días después repitió el golpe un destacamento que desembarcó al Alférez de fragata Mieres con 20 marineros y 9 soldados y un cabo del Regimiento de Irlanda, y consiguió efectuar la voladura; todo con el apoyo en los flancos de otras escuadrillas que se habían acercado al enemigo por los caños existentes.

El golpe de mano sobre el Trocadero no se llevó a cabo por haberse retrasado en ello las fuerzas inglesas, a quienes estaba encomendado, y bajar grandemente la marea, con lo cual ya no se podían realizar los desembarcos por el mucho fango al descubierto.

El día 23 de marzo, simultaneándole con otro golpe de mano desde el Portazgo y como acción de diversión, se da otro sobre la penín-

sula de Matagorda, ocupando el Castillo de su nombre. En él se quedan los ingleses y asientan artillería gruesa, con la que baten el tan interesante Caño del Trocadero; también lo hacen las cañoneras y el navío «San Justo». Dicho barco se mantuvo enfilándole con sus tiros durante veinte días, pasados los cuales fué relevado por el «Francisco de Paula».

El día 28 del mismo mes, una división de lanchas vuela la posición enemiga de Monte Corto, cercana al río Sancti-Petri, y rechaza al enemigo que acude al oír la explosión que la destruye.

El 23 de abril, después de resistir durante dos meses, los ingleses que guarnecían el Castillo de Matagorda, el intenso fuego de numerosas baterías francesas, hubieron de abandonarle durante la noche, retirándose con orden toda la guarnición, después de clavar los cañones que no pudieran llevar.

El día 22 de mayo tiene lugar un combate a corta distancia entre el navío «San Telmo» que salía para Levante con dos compañías del Regimiento de Guadalajara, por haber varado el navío cerca, y el Castillo de Santa Catalina del Puerto, ocupado por los franceses. Tiene que regresar dicho barco a Cádiz, una vez que es de nuevo puesto a flote, con averías. Al siguiente día, reparadas éstas en la Carraca, sale para Cartagena.

Los golpes de mano continúan: el día 30 de septiembre, de madrugada, hacen de nuevo los españoles una salida desde el Portazgo y desalojan a la bayoneta, destruyéndoles, los parapetos franceses cercanos, tras los cuales trataban de emplazar baterías.

Una incidencia naval de importancia fué la varada de costa enemiga (del Nordeste), debida al furioso temporal que se levantó el 7 de marzo, de 15 barcos mercantes, 3 navíos españoles, un portugués y una fragata española. Los navíos de guerra fueron el «Purísima Concepción», de 110 cañones; el «San Ramón», «Montañés» y «María» (éste portugués) de 74. La fragata fué la «Paz»; varó en la playa del Trocadero. El navío «Plutón», al que también faltaron las amarras, pudo meterse en el Caño de la Carraca. También vararon en la costa ocupada por los franceses algunos pontones de prisioneros, a los que éstos habían cortado las amarras. Los franceses salvaron a los prisioneros y cobraron mucho material, con la protección de baterías que asentaron en las playas.

Cuando fué ocupado el Castillo de Matagorda, quedó la línea constituida como se expresa a continuación y puede seguirse en el pla-

no; Castillo de Matagorda, apoyado como queda dicho, por el navío «San Justo» fondeado, enfilando el Caño del Trocadero; línea de lanchas fondeadas en la bahía; Arsenal de la Carraca con sus once baterías, el fuerte de la Máquina (en la actual salina de la Isleta), con sus cuatro baterías, después seguían las de Daoíz, Velarde, de los Violentos, del Portazgo y de Santiago, y las posiciones avanzadas de la Soledad. Siguiendo desde la de Santiago, de izquierda a derecha, estaban las posiciones sobre las salinas de San Judas, los Angeles, Gallineras (batería baja), el Estanquillo, la Calavera, y en Sancti-Petri: Aspiros, Urrutia (o del Baúl) y Sangenís, que tardaron algo en terminarse y armarse. Se construyó un castillo a retaguardia de estas tres baterías para impedir su envolvimiento y se estableció un campamento y un parque que atendiese a las necesidades que pudiesen surgir en tan importante sector, según se dijo, uno de los terrenos críticos del despliegue. En los caños operaban además las lanchas fondeadas, a veces en lugares de confluencia, o formando la avanzada de posiciones importantes. También en la Isla de León se estableció más tarde una segunda línea que parte de la bahía. Tenía su primer puesto en la Casería de Ossio (hoy lugar ocupado por el Penal de tal nombre) y entonces por la Factoría de Intendencia; seguía por San Carlos hasta la actual fábrica de cañones de la Sociedad Española de Construcción Naval, con avanzadas en el Puente de Ureña y en la «Avanzadilla» y continuaba con parapetos de trecho en trecho hasta la batería de la Concepción, en el Puente de Zuazo (orilla de la Isla); seguían después en esta segunda línea las baterías del Zaporito, del Parroj y del Hilo, en las huertas de dichos nombres (y de las que hoy se conservan vestigios). Esta segunda línea tangenteaba, casi, a la más avanzada, pasando muy cerca de ella en Gallineras, un poco a retaguardia y en alto, con puestos en el Cerro de los Mártires; iba hacia el mar «de Poniente» por el Estanquillo y Pozo de Alcudia, y tenía puestos en la misma playa. Estaban guarnecidas todas estas posiciones de la segunda línea por fuerzas inglesas; de ellas había también destacamentos en Puntales y uno más numeroso en la desembocadura de Sancti-Petri.

Bordeaba también las tierras del istmo por el cual corre el arriete que a Cádiz conduce, otra línea de posiciones fortificadas: Punta Cantera (Fábricas), Molino de Santibáñez (cercano a Torregorda), Castillo de la Cortadura y después cada vez más cercanos contor-

neaba la península de Puntales, baterías de la «Venganza», «Isiria», algunas de morteros y obuses; península donde se alzaba el fuerte de San Lorenzo enfrente de la península de Matagorda. Después seguía la línea a enlazar con las fortificaciones de los alrededores de Cádiz: de la Primera Aguada, Segunda Aguada, Punta de la Vava, y por último los baluartes y castillos de la plaza: «San Felipe», «Candelaria», «Soledad», «Bonete», «Santa Catalina» y «San Sebastián».

Vistas las posibilidades que daba el tiro curvo, se transforman algunas grandes lanchas cañoneras de dos cañones, en bombarderas.

A Mahón y La Habana, se envían los barcos que no pueden aprovecharse, para así desembarazar el puerto de embarcaciones fondeadas.

Desde Cádiz, Regencia y Cortes dirigen y gobiernan todo lo que queda en España sin ocupar por los franceses; naturalmente con la lentitud que los medios de comunicación de la época imponen. De igual modo la Junta de Defensa de la Regencia, mueve los hilos de la trama del dispositivo militar. En Cádiz, se organizan cuerpos de tropa con los reclutas que van llegando de otros lugares. De muchos puertos llegan recursos y a veces de América. Se fabrican pólvora y fusiles. Cádiz recibe todo lo que le llega y lo reexpide, de un modo inteligente y coordinado, total o parcialmente. Podemos citar algunas de esas expediciones de recursos que permite el dominio del mar abierto. En la corbeta «Mercurio» se envían dinero y fusiles a San Roque, y en la «Cornelia», caudales a El Ferrol. A Cartagena 1.000 barricas de harina y 500 quintales de arroz; para el Ejército del Centro, 260 barriles de pólvora y 300.000 cartuchos de fusil. En 17 de marzo de 1810, consigna el Diario de Operaciones de la Regencia: «Desde el principio de febrero hasta este día, habrán entrado centenares de barcos cargados de trigo, cebada, paja y leña, habiendo llegado asimismo 3.000 hombres que estaban incorporados en el Ejército». Esto solamente del Condado de Niebla.

En el año 1810 entran en Cádiz en total 3.890 barcos y salen 3.874 de las mismas banderas; en 1811 entran 3.483, y salen 3.298 españoles, ingleses, portugueses y americanos. Muy pronto en febrero de 1810 (día 16) llega de modo extraño hasta el momento, una valiosa ayuda. En las fragatas inglesas «Undaunted» y «Talión», procedentes de Puerto Rico, 5.904.622 pesos fuertes; también

2.003 quintales y 98 libras de cobre y 201 quintales de pólvora. En el *Cádiz de las Cortes*, de Ramón Solís, obra recientemente publicada, el autor de un detallado estadillo de los productos que entran en Cádiz y que son de todas las materias necesarias para la subsistencia, sin olvidar la plata de América, que en 1811 llegó a ser por valor de 9.162,55 pesos fuertes. No sólo había de todo en Cádiz, sino que desde allí se enviaba a otros lugares.

No obstante lo dicho, hubo al principio temor de que no se lograra introducir los aprovisionamientos necesarios. Así en marzo de 1810, la Regencia ordena la evacuación de los que no tuviesen en Cádiz destino activo, tanto de sus naturales como de sus forasteros.

Las expediciones salidas de Cádiz se suceden, especialmente las dirigidas a las zonas cercanas, de derecha e izquierda; no siempre se llevan a cabo con éxito. Una tiene lugar el 22 de marzo de 1810; 400 hombres desembarcan en Huelva para reforzar a los del condado de Niebla, más no pueden ponerse en contacto con las fuerzas del Vizconde de Gan y, al ser atacados reciamente por los franceses, tienen que reembarcar después de haber perdido 150 hombres. El 27 de mayo, el Teniente de Navío D. Lorenzo Parra, con tres lanchas cañoneras recorre la costa desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la del Guadiana; da un golpe de mano en el Puerto de Huelva, pegando fuego a un místico y varias otras embarcaciones que los franceses están armando en corso. Acuden los enemigos y se entabla combate con ellos. Al pasar la barra de Huelva, en su retirada, vara una de las lanchas, la «Tigre», y se tiene que abandonar después de quemarla.

En junio del mismo año 1810, el día 17 sale de Cádiz el General Lacy al mando de una división de 2.000 hombres, desembarca el 19 en Algeciras y en conjunción con las fuerzas del General de Marina, Serrano Valdenebro, que opera en las montañas de Ronda, ataca a las fuerzas del General Girard, con las que establece contacto en las inmediaciones de Grazalema y Villaluenga. El 28 llega frente a Ronda, mas no estando en su misión el enfrentarse contra posiciones bien defendidas, no la ataca, retirándose sobre Gaucin y seguidamente sobre la costa, reembarcando en Estepona y Marbella, que quedan en crítica situación. En San Roque se mantiene Lacy hasta el 28 de julio, con el apoyo de barcos ingleses, regresando a Cádiz por orden de Blake, General en Jefe a la sazón.

En agosto de 1810, vuelve a partir de Cádiz, Lacy; esta vez hacia Poniente. El plan es desembarcar en Sanlúcar y quemar el astillero donde los franceses construyen embarcaciones, para formar una fuerza sutil capaz de contender en Cádiz con la hispano-inglesa. Al saber Lacy que el enemigo está prevenido en Sanlúcar y le espera, cambia de objetivo y desembarca el 23 de agosto cerca de Moguer, atacando por sorpresa a la guarnición francesa de Palos, llegando hasta el mismo Moguer. Se pone en contacto con el General Copons, jefe de las tropas del Condado de Niebla, y después reembarca para Cádiz.

Otra expedición naval es la llevada a cabo contra la desembocadura del río Barbate por don Cayetano Lobatón, para represar una fragata inglesa. Además de conseguir su objetivo destruye allí varios barcos franceses armados para el corso y una cañonera inglesa, cuya dotación genovesa se había pasado al enemigo.

En julio de 1810, llegan de Francia 1.500 marineros, con lo que aumenta la actividad de corso de los imperiales, que desde la costa ocupada por ellos, tratan de perturbar el tráfico de Cádiz con las alas del dispositivo. El Mando aliado toma disposiciones para fijar a tales corsarios y con ese objeto se fondean frente a Sanlúcar una corbeta y un bergantín de guerra, para bloquearles. Los que operan desde este puerto, se mostraban muy audaces; el día 5 de julio, uno de poco desplazamiento se introduce entre los pesqueros españoles y apresa a un bergantín que salía de Cádiz, llevándole a varar en la costa bajo el alcance de los cañones del Castillo de Santa Catalina, del Puerto. Reaccionan las lanchas españolas e inglesas y destrozan al corsario, batiéndose con las fuerzas que desde tierra tratan de protegerle, y represando el bergantín. Se ordena que todos los Departamentos desarrollen una enérgica campaña contra el corso francés, y se envía al Mediterráneo al navío «San Telmo», así como varios misticos, con tal fin. De Cartagena, para lo mismo, se había destacado a la fragata «Diana». Frente a Algeciras cruza la «Sabina», que queda constituida en depósito de armas y pertrechos para suministros de las partidas de la Serranía de Ronda. La acción contra los corsarios enemigos de Conil y Barbate se ejerce con lanchas cañoneras.

En marzo de 1810, se traslada el Cuartel General del Ejército desde Cádiz a la Isla de León.

Ya en abril de 1811 se considera que el ejército que se ha ido

formando en la «fortaleza gaditana» está preparado para batirse en campo abierto, y piensa el Mando en lanzarlo sobre la retaguardia del enemigo, puesto que de frente lo dificulta la estructura del terreno. Las circunstancias son favorables: la línea de bloqueo francesa ha tenido que debilitarse al marchar Soult a Portugal en auxilio de Massena, que se encuentra detenido frente a Torres Vedras en situación harto crítica, con una zona de terreno esquilhada por los mismos portugueses, a su retaguardia, para que no pueda obtenerse recurso alguno.

Para el proyectado ataque de revés a la línea francesa frente a Cádiz, embarcan en este puerto fuerzas españolas e inglesas; las primeras cuentan con unos 6.000 infantes, 500 caballos y siete piezas de artillería; y las segundas (anglo-portuguesas en realidad) con unos 5.100 hombres, de ellos 206 jinetes y 17 cañones. Manda a los españoles el teniente General don Manuel Lapeña, marqués de Bondad Real, con el General Lacy como Jefe de Estado Mayor; a los anglo-portugueses, el también Teniente General inglés Graham. El plan previa engrosar las tropas con otras de la Sierra de Ronda y de Gibraltar. Como General en Jefe había de actuar el General Lapeña, por ser las tropas españolas más numerosas que las anglo-portuguesas de Graham. El movimiento envolvente que necesita el desarrollo del plan, se hace por mar. Los ingleses salen de Cádiz y el 20 de febrero desembarcan en Algeciras, al no poder tomar la expedición el puerto de Tarifa como estaba previsto, a causa del temporal. Las fuerzas españolas salen de Cádiz el día 26, después de algunas tentativas fallidas, también causadas por el mal tiempo. Las conduce un convoy de 200 velas, escoltadas por la fragata «Diana» y alguna fuerza sutil; manda las fuerzas navales el Capifán de navío Maurelle.

El plan previsto consistía en ocupar Medina Sidonia y después, desde esa población, atacar la línea francesa por las inmediaciones de Chiclana. Simultánea con esta acción de revés debía haber otra de frente, lanzándose ataques a la línea enemiga por diferentes puntos. Por Sancti-Petri había de pasar una división al otro lado del Caño por un puente de barcas que se tendería. Ballesteros, en estos días, había de presionar sobre Sevilla. Al saber Lapeña que los franceses habían destacado a Medina Sidonia una división de 3.000 hombres y teniendo en cuenta su posición muy difícil de expugnar, decidió cambiar el plan y acercarse a la línea francesa por

Conil y Sancti-Petri, esto es, por la costa, para atacarla por su extremo izquierdo, pero hasta llegar a este ataque debería marchar en situación algo comprometida. Las incidencias de las marchas que siguieron y de la batalla que tuvo lugar después, llamada por los españoles de Chiclana, y por los ingleses de la Barrosa, serán objeto de otro estudio particular.

Una vez restablecidas las líneas, siguieron los golpes de mano, llevando siempre la iniciativa los españoles; el Conde Clonard relata el habido el 14 de junio desde el Portazgo: «Doscientos hombres avanzan sobre el arrecife de Chiclana y se arrojan en medio de un volcán de fuego de cañón y fusil hasta estar a tiro de pistola de las baterías enemigas, al propio tiempo que el parapeto avanzado de los franceses, mandado por el joven y ardiente Capitán don Antonio Laraviedra, sufre gran pérdida, y este brillante oficial halla en su arrojo una muerte gloriosa».

En julio de este año de 1811, ya la fuerza sutil de la bahía sumaba 122 unidades y 95 la de los caños. La enumeración de todas las operaciones de estas dos flotillas constituiría por sí solo un largo y prolijo diario de operaciones.

Después de la batalla de Chiclana y una vez que los franceses volvieron a ocupar sus líneas, reforzaron la Artillería de Matagorda y reanudaron el bombardeo de Cádiz que había tenido lugar en los meses precedentes, si bien no de un modo eficaz y sostenido. Llegó a tener el fuerte de Napoleón, que así se llamó, una batería de obuses a la Villantroy, y los bombardeos desde ella perpetrados sobre Cádiz fueron un alarde de balística.

Estos bombardeos tuvieron lugar en diferentes ocasiones, durante el tiempo comprendido entre el 1 de diciembre de 1810 y el 24 de agosto de 1812. No causaron en la población grandes daños materiales y muy pocas bajas en el personal. La vida de la ciudad continuaba, pero siempre con la amenaza del bombardeo. Las Cortes seguían, sin embargo, sus sesiones, los teatros sus representaciones, y en la calle Ancha se celebraban las tertulias y los corrillos. Cuando se hicieron más eficaces los bombardeos, hubo abandono de algunos barrios por parte de sus habitantes, que se trasladaron a otras zonas de mayor seguridad.

La primera granada «de gran tamaño y rellena de plomo», cayó el 1.º de diciembre de 1810 en las inmediaciones de la Torre de Tavira o del Vigía, produjo gran alarma y es curioso consignar que el

alcance de esta granada no fué rebasado por las que siguieron durante el referido año de 1810. El 12 de marzo de 1811, esto es, siete días después de la batalla de Chiclana, rompieron el fuego de cañón los franceses desde la Cabezuela; efectuaron 54 disparos y tan sólo 11 granadas cayeron dentro de la plaza (algunos aseguran que fueron 17). Sólo explotaron dos, una en la Iglesia de la Merced y otra en la plaza de San Juan de Dios. Al día siguiente continuaron el bombardeo. El día 23 efectuaron 44 disparos y sólo dos granadas cayeron en el casco de la población y no explotaron. En febrero de 1812 hubo rumores de que los franceses traían de Sevilla nueva artillería gruesa. Ante el temor que la emplazasen en el Castillo de Santa Catalina del Puerto, se apartaron los barcos fondeados dentro del probable alcance de dicha artillería. No obstante, el primer bombardeo, en la noche del 12 al 13 de marzo, fué como los anteriores desde la Cabezuela. Dispararon los franceses esta vez 103 granadas y tan sólo 17 llegaron a la ciudad. Los siguientes días continuaron los bombardeos y hasta finales de mes dispararon 515 granadas, de las que 475 quedaron cortas y cayeron a la bahía. Hubo una pausa durante el mes de abril y continuaron los bombardeos durante los meses de mayo y junio, saliendo a la calle, sin embargo, el día 5 de este mes, la procesión del Corpus. Empieza a haber víctimas y con ello el abandono de ciertos barrios, cuyos vecinos fugitivos acampan en la Alameda. El Cabildo eclesiástico se traslada a Capuchinos y el Ayuntamiento a la Casa de Misericordia, fuera uno y otro del alcance de la artillería enemiga. El 24 de agosto se recrudece el bombardeo pero..., ¡era el fin! Los franceses preparaban el abandono de sus posiciones y su retirada.

Sobre Cádiz cayeron en total 472 granadas, correspondiendo 65 al barrio de la Candelaria, 25 al de Santa Cruz, 36 al de San Carlos, 19 al de la Cuna, 6 al de San Antonio, 2 al de San Felipe, 5 al de Capuchinos, 34 al de Santiago, 1 al del Pilar, 1 al del Nuevo Mundo, 60 al de Santa María, 153 al de Ave María y 65 al de San Roque. Tan sólo quedaron indemnes los de San Lorenzo, la Viña y de la Cruz de la Verdad.

Los bombardeos se señalaban con repiques de campanas, ya que en las torres de las Iglesias se habían establecido vigías. Es curioso consignar que en la de San Francisco se produjo un impacto directo en una campana y el novicio que montaba la guardia como vigía dió la alarma sin inmutarse, repicando la campana contigua.

La prolongada acción artillera sobre Cádiz desde el fuerte «Napoleón», en la Cabezuela, fué sin duda un alarde balístico para su tiempo: consiguieron los franceses obtener un alcance máximo de 5.500 metros y un medio de 4.755.

Durante el bloqueo de la fortaleza gaditana, los franceses planearon diferentes ataques contra las líneas de la defensa. En 24 de octubre de 1810, la Regencia recibió una confidencia en la que se le decía que en Sanlúcar tenían preparadas los franceses 22 lanchas cañoneras y 50 embarcaciones de transporte, con capacidad para 4.000 hombres, que se habían construído para atacar a Cádiz. Con frecuencia llegaban a oídos del Mando aliado rumores de otros proyectos de ataque. Como en ocasiones se trataba de llevarlos a cabo contra la Isla y el istmo que a Cádiz lleva, se pensó en poder cortar éste. Ya desde agosto de 1810 se había planeado hacerlo por río Arillo, uniendo por él las aguas de la bahía con las del mar libre o mar de Poniente. También iban incrementándose las guarniciones de las posiciones del istmo. Desde mayo de dicho año 1810 se había aumentado el número de éstas desde Torregorda a Cádiz, y en octubre de este año más de 3.000 hombres guarnecían tan sólo el sector comprendido entre Puntales y la Cortadura, creyendo ser ésta una de las zonas más amenazadas por un posible desembarco desde Matagorda. Al hacerse prisionero a un ayudante de campo del Mayor General, Príncipe de Wagram, se le ocupó un plan de ataque contra Puntales y la Cortadura, simultáneo con otro por Sancti-Petri y con otras acciones de diversión contra la Carraca y el Puente de Zuazo. Los despachos que se le ocuparon decían: «Los pontones que se deban construir en el Zurraque (para atacar al puente de Zuazo y Carraca) no serán obra de mucho tiempo, y los peniches (para toda la operación) pueden estar concluídos en el espacio de un mes o seis semanas, con tal de que no se distraiga a los obreros de Marina de su servicio natural, empleándoles como tropas de Infantería, como se ha hecho de tres meses a esta parte». Ante estas noticias, se reforzó la línea avanzada de lanchas cañoneras fondeadas y se le dió un foso mejor a la batería del Portazgo, uniendo los caños del Aguila y Zurraque.

La actividad francesa, en lo que a construcción de embarcaciones menores se refiere, tomó gran incremento cuando llegó de Francia a Sanlúcar el Capitán de navío Saizieu con marineros y carpinteros de ribera, para acometer la empresa de construir 150 lanchas caño-

neras. Los franceses consiguieron meter algunas en la bahía pasándolas sobre la península de Matagorda, desde la desembocadura del río San Pedro hasta el caño del Trocadero, arrastrándolas sobre una rampa, construída al efecto, de más de 1.000 metros de longitud. Este esfuerzo no tuvo resultados tácticos en bahía y caños.

No solamente se reanudan después de la batalla de Chiclana los golpes de mano sobre los puestos de la línea francesa, sino que también se castigan los flancos del enemigo, y así se reanudan las expediciones hacia Huelva y hacia Ronda. El 18 de marzo de 1811 sale de Cádiz el General Zayas con una expedición de 5.000 infantes y 250 caballos. Con esas fuerzas ocupa Moguer, librando algunos combates con el enemigo, si bien sin emplearse a fondo como era la consigna recibida. Debía ponerse en contacto con Ballesteros, pero no lo consiguió. Al retirarse a Cádiz, sufrió el convoy que transportaba la expedición, un fuerte temporal, con la desgracia de que algunos barcos fuesen arrastrados sobre la costa ocupada por el enemigo. Inconvenientes de apoyarse las comunicaciones en el mar, agudizados por los medios de navegación a vela, de la época.

El 15 de abril sale el General Blake también con destino al Condado de Niebla. Constituye la expedición dos divisiones de Infantería mandadas por Zayas y Lardizábal y alguna artillería. También la misión es establecer contacto con Ballesteros, así como amenazar las comunicaciones francesas con Sevilla. Sostienen estas tropas algunos encuentros y algunas de ellas siguen después tierra adentro y toman parte en la batalla de la Albuera.

En el ala derecha en diciembre de 1811, tiene lugar una acción gloriosa para nuestras armas. El día 19 de dicho mes, se inicia el asedio de Tarifa por el General Leval. Defiende la plaza el General Copons, que se mantiene firme. El 5 de enero de 1812 levantan el sitio los franceses, abandonando una parte del parque de artillería y otros pertrechos. Con este fracaso de las armas imperiales puede decirse que dan éstas fin a sus actividades en la zona sur de España. La situación para el invasor se hace crítica, y así Soult escribe al rey José Bonaparte: «Un ejército anglo-portugués avanza contra Badajoz, otro anglo-español se constituye en el Condado de Niebla, uno en la Isla amenaza al Mariscal Duque de Bellune, y el de Murcia ha atacado el ala izquierda del 4.º Ejército (francés). El General Sebastiani, maniobra. Cumpliremos con nuestro deber, pero el ejército imperial del Sur está demasiado débil para poder garantizar el feliz éxito que V. M. debe esperar de sus ejércitos».

CONSIDERACIONES. FINAL DEL ATAQUE

Como queda expresado por todo lo que antecede, Cádiz es corazón y cabeza del dispositivo español, no sólo en lo político, sino en lo militar, en colaboración más o menos estrecha con el anglo-portugués, que se alista y prepara cuidadosamente detrás de la triple línea de Torres Vedras. Esta, también como Cádiz, se apoya en el mar, se abastece por el mar abierto y de igual modo que las cañoneras españolas y algunas inglesas operan en la bahía y en los caños de Cádiz, las inglesas lo hacen en el estuario del Tajo, sosteniendo el flanco derecho de la línea. Las dos posiciones están alejadas de la frontera francesa, y, por tanto, fijando efectivos enemigos, con sus líneas de comunicaciones muy alargadas; la diferencia fundamental de ambas posiciones está en la facultad de reacción. El terreno frente a Torres Vedras permite una reacción en fuerza de las líneas anglo-portuguesas; el que se extiende ante Cádiz, si bien dificulta el ataque de los franceses, también hace difícil una reacción enérgica española o hispano-inglesa.

El acierto en la elección de las líneas de la «fortaleza gaditana», la tenacidad en su defensa y las bien llevadas operaciones, no sólo ante aquella, sino en las zonas de sus flancos, dieron fruto, inmovilizando a un ejército francés lejos de sus bases naturales. Protegido por la fuerte posición militar, el Gobierno (Regencia y Cortes) había podido ejercer su función regidora y coordinadora, y también al Mando militar le había sido posible dar la organización a los ejércitos y regir en cuanto era posible sus acciones antes menos coordinadas. La expedición que fuvo como resultado la batalla de Chiclana, no fué de un modo inmediato todo lo fructífera que hubiera sido de desear, pero innegablemente creó la inquietud del Mando francés. Al fin y a la postre, fuerzas francesas de las que habían marchado contra los anglo-lusitanos de Portugal y otras de Sebastiani, hubieron de desplazarse hacia Cádiz con el correspondiente desamparo de las zonas de operaciones de que se quitaban y el desconcierto de los cambios de frente y de planes.

Las fuerzas aliadas salen de Portugal, penetran en España y van cosechando victorias sobre las francesas en retirada. La batalla de los Arapiles (22 de julio de 1812) lleva el desaliento a los franceses y la alegría a los españoles. En la bahía de Cádiz la artillería de los

buques y de las posiciones en tierra, rompe el fuego en las salvas con que se festejan las grandes victorias. En respuesta, el enemigo inicia un nuevo e intenso bombardeo.

En los días que siguen, se nota alguna actividad. El 19 de agosto, el diario *El Redactor General*, en su sección titulada «Calle Ancha», lanza la noticia: «Dícese que Soult, dejando guarnecida la línea de Cádiz, reúne el resto de sus fuerzas de Andalucía en dos divisiones, dirigiéndose una a Talavera y otra a la Mancha». El día siguiente, cunde la alegría ante la noticia de que las tropas aliadas han entrado en Madrid. El 24 de agosto se nota en las posiciones francesas una calma extraordinaria, tanto que por tierra se hacen avanzar patrullas de reconocimiento y por los caños lanchas cañoneras y... unas y otras comprueban que las posiciones antes ocupadas por el enemigo, están desiertas. ¡Aquél ha levantado el campo!

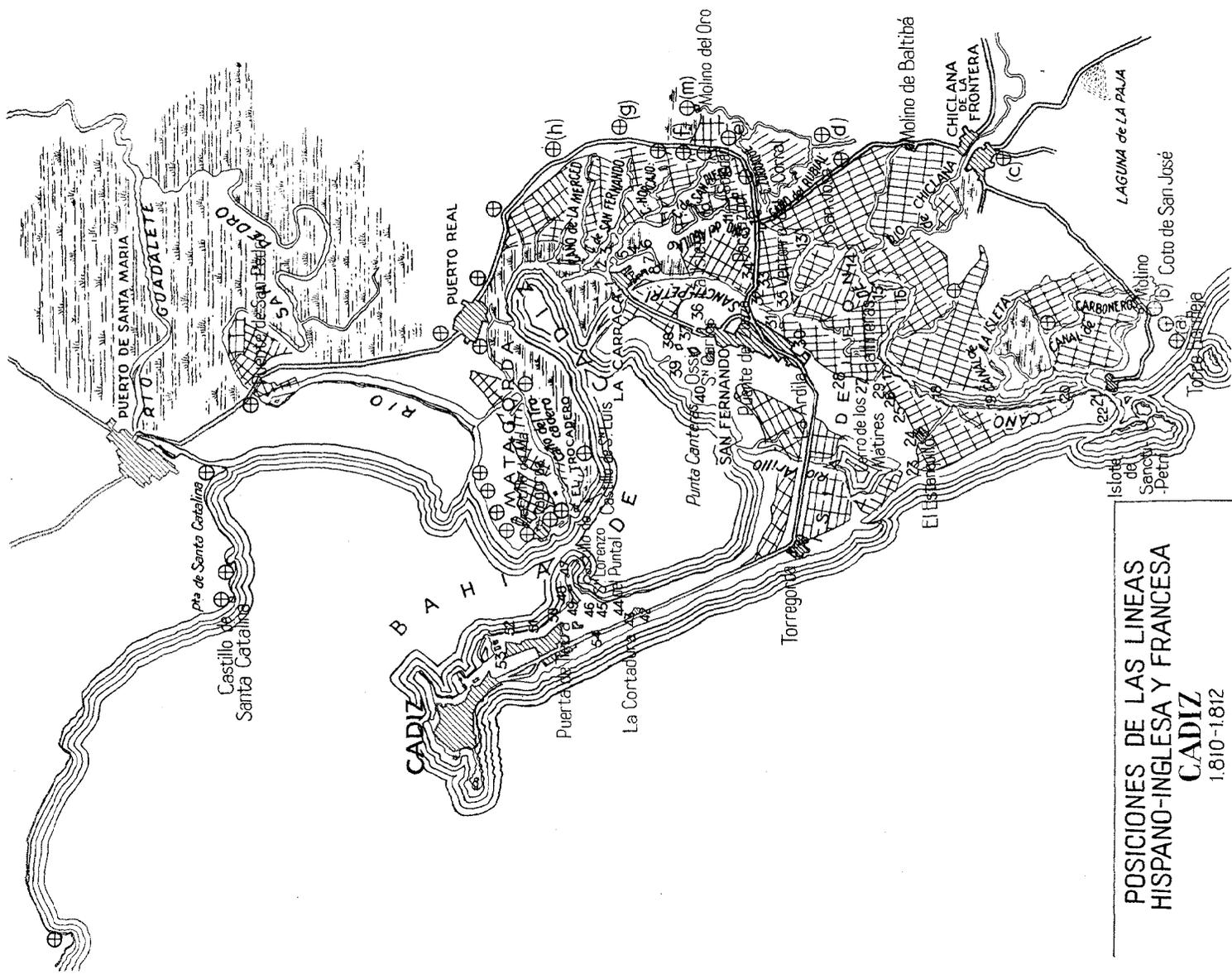
Dejaron los franceses ante Cádiz y la Isla, en sus abandonadas posiciones, 160 cañones, 57 morteros, 37.000 balas de cañón, 3.700 bombas y granadas y muchos pertrechos de todas clases. Antes de la retirada, echaron al agua o al fango, algunas piezas de artillería emplazadas en lugares poco visibles a la observación, ya que no querían denunciar sus proyectos de retirada a los defensores de la «fortaleza gaditana», para evitar la persecución. También se apoderaron las fuerzas de reconocimiento de 30 lanchas cañoneras, que no habían podido operar gracias al dominio aliado del mar en los caños y bahía, que hizo posible el mantener siempre la iniciativa, del mismo modo que el ejército en el mar abierto había hecho que el «sitio» no fuese sino un bloqueo imperfecto. La batalla de Cádiz, reñida por el mantenimiento de la Cabeza y Corazón de la Nación, estaba ganada.

Las principales posiciones francesas vienen señaladas por un círculo con una cruz dentro.
De ellas debemos destacar:

- (a) Torrebermeja.
- (b) Molino de Almanca.
- (c) Santa Ana.
- (d) Bellune.
- (e) San Diego.
- (f) Batería de Campana.
- (g) Batería de Raffin.
- (h) Batería de los Granaderos.
- (m) Molino de Ocio (Astillero eventual).

Las principales posiciones aliadas quedan marcadas con un número:

- | | |
|---|--|
| 1. — Batería de San Román. | 30. — } Reductos ingleses cercanos al |
| 2. — » de los Angeles. | 31. — } Zaporito. |
| 3. — » San José. | 32. — Batería La Concepción. |
| 4. — » San Francisco. | 33. — » San Pedro. |
| 5. — » San Fernando. | 34. — » San Pablo. |
| 6. — » Santa Rosa. | 35. — » San Francisco. |
| 7. — » Santa Teresa. | 36. — } Baterías inglesas de San Carlos. |
| 8. — » San Carlos. | 37. — } |
| 9. — » La Maquina. | 38. — } |
| 10. — » Velarde. | 39. — Batería Casería. |
| 11. — » Daoiz. | 40. — » Puerta Cantera. |
| 12. — » Portazgo. | 41. — » Torregorda. |
| 13. — » Santiago. | 42. — » Cortadura. |
| 14. — » San Pedro. | 43. — » Espaldones. |
| 15. — » San Judas. | 44. — » La venganza. |
| 16. — » Los Angeles. | 45. — » Isiría. |
| 17. — » Galineras. | 46. — » La Sierpe. |
| 18. — » Conchudos. | 47. — » de cuatro morteros. |
| 19. — » P. de mis hijos. | 48. — » de cuatro morteros y |
| 20. — » Aspirios. | 49. — » dos obuses ingleses. |
| 21. — » Del Baul. | 50. — Batería de los ingleses. |
| 22. — » San Genis. | 51. — » 1.ª aguada. |
| 23. — } Reductos ingleses de Campo Soto. | 52. — » 2.ª aguada. |
| 24. — } | 53. — » Puerta de la Vaca. |
| 25. — } | 54. — Reductos ingleses. |
| 26. — } | |
| 27. — } | |
| 28. — } | |
| al | |
| 28. — } Reducto inglés cercano a Gallinera. | |



POSICIONES DE LAS LINEAS
HISPANO-INGLESA Y FRANCESA
CADIZ
1.810-1.812